

CAPÍTULO TERCERO

**NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA
LA IDEA DE PAZ**

NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA LA IDEA DE PAZ

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

Norberto Bobbio, nacido en Turín en 1909, es un especialista en filosofía del derecho que ha dedicado una parte notable de sus publicaciones al tema de la guerra desde una perspectiva pacifista que podríamos situar tanto en el centro-izquierda del panorama político como en la socialdemocracia. Para sus discípulos es un hombre de duda y de diálogo. Sus tesis, con frecuencia, desembocan en espectaculares indecisiones que parecen ser fruto de la abundancia de los criterios que acumula y ordena. Destaca por una impresionante capacidad para la descripción de panoramas. Hay que concluir que “no es posible catalogar a Bobbio como un escéptico ni incluso como un relativista en sentido estricto”. Es conveniente subrayar que suele dejar al lector sin saber a qué atenerse.

En una “*Autobiografía*”, aparecida en 1997, se explicaba de este modo:

Hoy en día son necesarias más que nunca prudencia y debe rechazarse la tentación del “todo o nada”. Ni esperanza, ni desesperación. Ni Ernst Bloch ni Ghünter Anders. Los admiro a ambos pero no los tomaría como guías.

No cabe duda que Bobbio está más cerca del neomarxismo de Bloch o del radicalismo de Anders que de la neoescolástica de Mac Intyre o del neoliberalismo de Aron. En el estudio preliminar a una reciente obra ética de Bobbio, “*Elogio de la templanza*” (1994), un español, Rafael de Asís Roig, nos añade una nota que considero válida para definir la personalidad de Bobbio: “Metodología emprendedora, filosofía templadora pero radical, ideología liberal-socialista y, por último, pesimismo progresista”.

Nos encontramos, pues, ante una mezcla de iluminismo pesimista y frente a las paradojas de un pensamiento en tensión que no acaba de definirse. A mi juicio, respecto al tema de la guerra y de la paz, Bobbio no brilla ni por la templanza ni por la desmesura. Le ocurre que, queriendo elegir el término medio, suele caer en exageraciones propias del lenguaje político inadecuadas para un filósofo. Para Bobbio, la guerra es sólo el resultado de una decisión unilateral y nunca el balance de un modo de estar relacionados entre sí los grupos sociales. Su manera peculiar de adjetivar a la guerra nos revela que sólo se fija en dos tipos de personas:

- las que legitiman casi siempre la existencia del objeto llamado “guerra”.
- las que declaran imposible cualquier tipo de legitimación de uno y otro combatiente bélico.

Bobbio no quiere caer en la cuenta de que la relación en la que la guerra consiste es dialéctica. Lo legitimado por la historia de las guerras no es nunca a la guerra misma como fenómeno social sino a la conducta de una u otra de las partes en conflicto o de una fracción de la parte que, de hecho, tiene de su lado las razones de más peso. La diabolización de los poderosos que emprenden una guerra, pudiendo renunciar a hacerlo, no permite diabolizar en el mismo grado a la fracción agredida, si ésta también hace uso de las armas.

La guerra, según Bobbio, se acaba identificando con la recíproca des-templanza de los dos extremos en lucha. Nunca puede ser ella misma virtuosa, desde luego, o justa en sí misma. Pero en la realidad histórica siempre cabría que algunos puñados de hombres se comportaran justamente y que actuaran virtuosamente durante una guerra. Esta posibilidad, según Bobbio, hoy ha quedado descartada. La guerra es una pieza indivisible, un todo, que se envicia del todo. De la malignidad de la guerra no se salvan ni el conquistador ni el resistente; ni el ambicioso ni sus víctimas. Bobbio no admite que algunos hombres de entre los atrapados por una situación de guerra se mantengan en la virtud, es decir, en el meritorio ejercicio de altas cualidades. El pretérito, que permitió en la Grecia de Homero desempeñar un brillante papel social a los “héroes”; que permitió en la Cristiandad de Tomás de Aquino a los “caballeros” progresar hacia el logro del bien común; que permitió en la Europa de Jeremías Bentham obtener utilidad del esfuerzo de los “soldados” y que, más tarde, confió en la Europa entre las dos guerras en el sentimiento del honor de los “militares”, queda en Bobbio reducido a pretérito. En la marcha hacia una idea de paz, a su parecer ajustada a nuestro tiempo, todo esto son palabras celestiales.

Bobbio aproxima la noción de moderación (*mitezza* en italiano) a la de templanza. Y espera de la templanza (o moderación) el acabamiento de los conflictos bélicos por motivos prácticos más que teóricos. Pensadores destemplados son Joseph de Maistre en *“Las veladas de San Petersburgo”*, Proudhon en *“La guerra y la paz”* y Herman Khan en *“La estrategia de la era atómica”*. Intelectuales moderados son F. S. Nitti en *“Europa sin paz”* (Florencia, 1921); Günther Anders en *“Ser y no ser. Diario de Hiroshima y Nagasaki”* (Turín, 1961); Karl Jaspers en *“La bomba atómica y el destino del hombre”* (Milán, 1960). También están entre los textos templados: un original de 1958; Jonatham Schell *“El destino de la tierra”* (Milán, 1982) y otro de Franco A. Casadio *“Conflictividad mundial y relaciones internacionales”* (Padua, 1983). El lema que preside su clasificación se encuentra en este párrafo de la *“Carta de las Naciones Unidas”*, que él acepta sin crítica:

Si quieres la paz, elimina las causas principales de la guerra, es decir, la “opresión”, que no deja al pueblo sometido otra alternativa que la resistencia o la esclavitud y la “miseria” que desencadena la lucha por la supervivencia.

Bobbio no percibe que realmente cualquier pueblo en cualquier circunstancia puede creerse o saberse sometido a la esclavitud y sentir amenazada su supervivencia. Puede, en definitiva, saberse o creerse legitimado para la resistencia y para la lucha. Y que el dato nominalista de que se acabe llamando a su resistencia activa o guerra o revolución no altera el factor común a ambas que es la pérdida de la paz. Hacer que tome conciencia un grupo social de una opresión padecida y de una miseria producida por otro grupo social es situarles a uno y a otro grupo en la antecámara de una guerra o de una revolución por pacífica y legal que sea la primera protesta.

Cuando Bobbio se atempera a sí mismo escribe de este modo:

La formación de una federación auténtica era una utopía en el momento en que se sentaron las bases de las Naciones Unidas y continúa siéndolo de forma aún más evidente... La única alternativa auténtica a la “Paz del equilibrio” es la llamada “paz de hegemonía” o incluso, por emplear un concepto de Raymond Aron, la “paz del imperio”.

O también cuando escribe con serenidad de este otro modo, meramente descriptivo:

Por guerra se entiende un tipo especial de conflicto, el que se da entre grupos organizados que tienden a destruirse con la violencia.

La recaída en la destemplanza del propio Bobbio, sin embargo, está esbozada en las frecuentes simplificaciones en que incurre. Porque los grupos sociales, en principio, no tienden a destruirse sino a otra finalidad más noble que entienden sólo puede ser satisfecha neutralizando, —es decir, desarmando, no aniquilando— al adversario. Lo que falta de hecho en una situación bélica es, en lengua francesa, *mansuétude et douceur* (mansedumbre y dulzura, respectivamente, en español), cualidades que Bobbio encuadra entre las virtudes débiles “porque caracterizan aquella parte de la sociedad donde están los humillados y los ofendidos”. La otra parte son “los héroes, aquellos seres para los que es lícito lo que no lo es para el hombre común, incluso el uso de la violencia. No hay sitio entre ellos para los moderados”. Los héroes, según Bobbio, tienen la obligación de ser violentos.

En la mente de Bobbio, un profesor italiano Giuliano Pontara ha encontrado esta falaz argumento: la templanza es una virtud que no tiene cabida en la política, ya que es idéntica a lo que llamamos no-violencia. Luego la no violencia no tiene cabida en la política.

Este silogismo es en sí mismo considerado una destemplanza que expulsa a la ética de la política. Bobbio juega con parejas de antinomias en nada semejantes unas a otras, incluso en lo de ser antinomias.

Junto a la pareja paz-guerra existen otras —escribe— como orden-desorden, concordia-discordia, unión-desunión, y en el origen cosmos-caos.

LA PAZ A TRAVÉS DEL DERECHO

Guerra y paz no forman una antinomia. Tampoco la forman cosmos-caos. Los dos elementos de cada diada se mueven en distintos niveles y tienen la capacidad de coincidir sin excluirse del todo en un momento dado sobre un espacio concreto. Es deseable y desde luego posible encontrar hombres y grupos en guerra todavía capaces de no perder su paz interior. El eslabón que separa a la guerra de la paz, Bobbio lo toma de un título del positivista Kelsen de 1943, por cierto, que agiganta al derecho y que empequeñece a la paz. En lugar de buscar a la paz como un bien por sí misma, se afirma que la lucha por el derecho acarrea automáticamente la paz.

La expresión “paz a través del derecho” es el título de una conocida obra de Kelsen sobre el derecho internacional.

Pero Kelsen se modera mucho más que Bobbio en el uso de las identidades. Nunca ha suscrito nada parecido a esta opinión de Bobbio:

La guerra se concibe, primariamente, como negación del derecho y el derecho, a su vez, como afirmación o reafirmación de la paz... Las armas acallan a las leyes, las leyes hacen inútiles a las armas... Mientras que el estado de naturaleza es un estado de guerra a causa de la ausencia de derecho, el estado civil es un estado de paz por ser la consecuencia de un acto jurídico.

Retengamos la exageración. La idea de la paz de Bobbio se reduce a la promoción de actos jurídicos. Todos los pacifismos, —el político, el social, el económico, el moral y el religioso— son pacifismos jurídicos. El abate de Saint Pierre es un pacifista sólo cuando busca la paz a través de la Alianza perpetua entre Estados; Kant cuando propone la confederación o Liga por la paz expresada en forma de tratado y Saint Simon cuando reclama un Estado federal, según el modelo de la unión de Francia y de Inglaterra.

En las lecciones de filosofía del derecho, dictadas por Bobbio en 1964-1965, todo gravita sobre el mismo principio legal hasta tal punto que titula al libro donde las lecciones se recogen “*El problema de la guerra y las vías de la paz*”. Bobbio condena a quienes a lo largo de la historia han entendido a la guerra bien como justa, bien como mal menor, bien como mal necesario o simplemente como bien. Incluso se distancia de Kant al descubrir que para el filósofo prusiano la guerra era un mal aparente en cuanto mal necesario. No hay más vía hacia la paz que el peso de la ley, es decir, que la condena de la guerra por la ley.

La idea de Bobbio sobre la guerra está partida por un hecho histórico que es la irrupción de la bomba atómica en 1945. La guerra en tanto guerra atómica es un camino bloqueado —escribe y añade: “es una institución agotada, una institución inconveniente, injusta e impía que, además se ha hecho imposible y es injustificable”. Si la guerra se define por ser una institución, la paz, a su juicio, habrá de ser definida como otra institución.

Para el pacifismo jurídico de Bobbio la irrupción de la bomba nuclear fue todo un hallazgo dialéctico. ¿Qué diría Bobbio de la guerra si ésta no hubiera llegado a disponer de la energía atómica? Sólo conocemos acerca

de ella todo lo que se deduce de la hipótesis falsa para mí de que desde ahora en adelante todas las guerras tendrán que ser guerras nuclearizadas. Bobbio se sitúa frente a los *realistas* para quienes sigue habiendo “guerras posibles” desde luego de muy diferente intensidad; frente a los *fanáticos* para quienes la guerra sigue siendo “justificable” por algún ideal; frente a los *nihilistas* para quienes procede que la guerra sea siempre “liberadora” de alguna opresión y frente a los *fatalistas* para quienes la guerra conserva su condición de “necesaria” sea para el progreso, sea para el holocausto.

Su problema en orden a las vías hacia la paz consiste en descubrir en nuestros días una variedad de pacifistas equivalente a la variedad de belicistas. Hay un pacifismo activo que reclama el desarme y un pacifismo finalista que insiste en lo inminente de la catástrofe. Se ocupa Bobbio, además, de la vigencia de los pacifismos ya institucionalizados de alguna manera. Pero hay, sobre todo en Bobbio, una variedad notable de pacifismos jurídicos: unos niegan que la guerra pueda ser la antítesis del derecho, otros que sea un medio para realizar el derecho, un objeto del derecho y hasta una fuente del derecho. En todos estos pacifismos, no obstante, la guerra está presente y queda patente.

El recorrido que realiza Bobbio sobre lo que llama justificación tradicional de la guerra abarca a la historia universal. Pero la nueva situación de 1945 le parece absolutamente otra historia. Ya no hay guerras de conquista frente a guerras defensivas. (Olvida Bobbio que en una misma guerra caben conquistadores y defensores). Ya no hay guerras como males necesarios porque, a su juicio, sólo la paz es un bien necesario. (Olvida Bobbio la necesidad de otros bienes terrenales tantas veces esgrimida con pasión por las gentes también en nuestros días). Ya no hay guerras divinas porque, a su juicio, no hay castigos divinos, ni hechos providenciales, ni fatalidades.

La idea de la paz de Bobbio es, simplemente, la antítesis de un “no debe ser” de la guerra, diga lo que diga la realidad. Su brillante retórica le lleva a este tipo de silogismos edificadas sobre arena: La guerra es violencia; la violencia es un mal absoluto, luego la guerra es un mal absoluto. La violencia genera todos los males; no hay bien que pueda intercambiarse con la pérdida de la paz, luego la paz es la condición misma del florecimiento de todos los valores. Toda guerra o cualquier guerra puede provocar la desaparición de la vida sobre el planeta; la guerra atómica no es un medio sino un fin, el fin absoluto, luego no puede ser aceptado el

hecho inevitable que supone el fin-final. El objetivo que persiguen las grandes potencias no es un equilibrio sino la hegemonía o la superioridad; de la tendencia a ser superiores procede la inevitabilidad del equilibrio del terror, luego este equilibrio sólo puede entenderse haciendo cada vez más alta la propia superioridad.

Ninguna de estas falacias se ha cumplido entre 1945 y el año 2000. Tampoco otras que Bobbio toma de la utopía marxista que le fue dictada a Engels en 1848: la fuerza del Estado es necesaria en la sociedad de clases, pero no lo será en la sociedad sin clases. Bobbio magnifica a la guerra y luego deplora la exageración por él mismo engendrada al definirla como un objeto que se toma o se deja, en lugar de definirla como lo que es, una relación entre grupos sociales, ciertamente indeseable pero superable y evitable en una sola pieza.

- la guerra es la manifestación más clamorosa de la política.
- la política interior está condicionada por la política exterior y la manifestación última de ella, peor evitada hasta ahora, es la guerra.
- política y guerra son dos hechos estrechamente vinculados.
- la guerra es la más escandalosa violación del mandamiento “no matarás”.

Bobbio se sirve de Erasmo — “el que alaba la guerra es que nunca la ha visto” — y de Bertrand Russell, — “antes rojos que muertos”. Concede, sin que se perciba en él una profunda convicción, que “hay que ir desde la reforma de las instituciones a la reforma, o mejor, renovación del hombre”. Y concluye que “actuamos como si hubiera una salida. Pero aún no sabemos donde está”. La esperanza en el futuro pacífico de la humanidad queda depositada en un sólo objetivo: que se implante un orden político donde nadie pronuncie el fatídico adagio:

“Mors tua vita mea”

Con todo, Bobbio no se detiene en la pregunta fundamental —la pregunta acerca de la paz— a la que contesta de esta manera evasiva:

¿Qué entiendo yo por paz? Un estado de ausencia de guerra en tanto que “enfrentamiento violento, continuado y duradero entre grupos organizados”.

La respuesta se queda en demasiado corta porque sólo excluye de la vivencia de la paz a la más temible de las situaciones. Convive, según Bobbio, la paz con todos los demás conflictos menores que la guerra para

los que el pensador apenas tiene palabras: “He dicho —pontifica con solemnidad— que la paz es necesaria. He dicho que la paz es imposible. Mientras exista la relación amigo-enemigo, la paz solo es una tregua”. ¿Se puede en estas condiciones abrir un camino hacia la obligada marcha de la vida intelectual hacia una idea precisa de paz?

LA PRESENCIA DE UN “TERCERO”

El retorno desde el estado de guerra, no hacia el orden de paz sino hacia la situación de tregua, un temor esencial en la obra de Kant —devuelve a Bobbio hacia la realidad.

Los dos pactos, el de no agresión y el que permite transformar el “estado polémico” (de conflictividad violenta) en “estado agónico” (de conflictividad no violenta) pueden ser violados.

Este soñado retorno a la realidad sin guerras altera el léxico de Bobbio y le conduce a una nueva utopía, sin duda más discreta y factible que la del mero relevo de las situaciones de guerra y de paz. El estado agónico, —resuena aquí el tono de San Agustín— requiere la presencia de un Tercero “el paso de una situación de tercero excluido a otra situación de tercero incluido”.

Bobbio profundiza con habilidad en la tipología del Tercero y en sus posibilidades de éxito. No hay que ocultar que el modelo de tipos elegidos viene de la antigua creencia en la divinidad o en las divinidades. El Tercero es, sucesivamente: 1.- Aliado; 2.- Neutral; 3.- Mediador; 4.- Árbitro; 5.- Juez; 6.- Profeta desarmado y 7.- Pacificador sin apelación.

La idea de paz que retiene Bobbio, antes de sublimar la inclusión del Tercero como el mejor remedio de las guerras, pasa por el miedo de Hobbes. Su idea de paz se fundamenta en el miedo a la guerra y no en el ansia de paz.

El Estado es el hombre artificial que los propios hombres han fabricado para salir de una situación de miedo incontrolado... La amenaza de la fuerza (origen del miedo) se dirige solo contra los que transgreden las leyes establecidas por el poder soberano... Un Estado territorialmente limitado no elimina la guerra universal de todos contra todos, sino sólo la guerra entre quienes habitan el mismo territorio.

Bobbio reconoce, al retroceder hacia Hobbes, que “Hobbes nunca separa, allí donde se plantea el problema de los fines del Estado, la segu-

ridad (que se refiere a las relaciones internas) de la *defensa* (que se refiere a las relaciones externas)". Pero no se atreve a contemplar una realidad internacional en la que los diferentes estados de defensa construyan, peldaño a peldaño, una seguridad, un nuevo orden de seguridad. Porque quiere, quizás, sin darse cuenta de ello, seguir anclado en lo inexorable del retorno del estado de guerra. La paz es imposible, repite.

La amenaza de la guerra nuclear impide sólo la guerra nuclear... Se trata de una carrera que sólo puede concluir con la invención del arma absoluta por parte de uno de los contendientes... El terror aleja la guerra, pero su estallido, a medida que se aplaza mediante la escalada del poder disuasivo, sería mucho más terrorífico.

Miedo y terror son las condiciones previas del pensamiento de Bobbio que utiliza para referirse a la guerra. Si el miedo resulta aminorado por una política sana de seguridad y de defensa y por una adecuada formación moral del hombre, Bobbio pierde pie y retorna a lo absoluto del mal que tiene que ser la guerra para reiterar su condena de cuantos hombres, a su juicio, apelen a la violencia armada para alcanzar sus fines.

Con la doctrina de la disuasión se ha producido el paso de la guerra real a la amenaza de guerra (técnica tradicional de prevenir el mal que se quiere evitar propagando el miedo a un mal mayor).

¡Claro que la paz es la condición *sine qua non* para proteger eficazmente los derechos humanos y que la protección de los derechos humanos favorece la paz! Pero el retorno a Hobbes, de nuevo sin templanza, vuelve a ser incoado: "Metáforas aparte, la humanidad no se verá libre de la amenaza de guerra atómica hasta el día en que dejen de existir las armas atómicas... La forma más coherente y también la más difundida, de pacifismo institucional es la que aspira a crear un Estado universal".

Bobbio se sumó en su día al manifiesto firmado en 1955 por 52 Premios Nobel donde, según Hernan Khan en "*La Estrategia de la era atómica*", se proclamaba que si los estados no renunciaban a la fuerza "dejarían de existir". Un documento que fue acusado, según Hernan Khan, por muchos de contener un "simplismo desconcertante" de puro ejercicio de retórica, cuyos autores no pasaban de ser "charlatanes".

El talento natural de Bobbio nunca se separa radicalmente de Hobbes y nunca le lleva a subscribir otras utopías. Por eso nos recuerda una y mil veces lo esencial de las doctrinas del pensador británico del siglo XVII partidario del absolutismo.

El Estado, monstruo bueno o "Leviathán", nace de la necesidad que experimentan los hombres de superar la situación de "temor recíproco", en la que se encuentran en estado de naturaleza, para no caer en los brazos de la guerra civil, monstruo malo o "Behemoth".

De aquí que sea preciso para Bobbio, cuando se participa en la marcha hacia la idea de paz, no perder de vista la envergadura del temor, del miedo, del pánico, del terror, aquí y ahora: "Ninguna de las justificaciones tradicionales de la guerra resiste la prueba de la guerra nuclear"... "el problema actual no puede consistir en buscar las razones adecuadas para elegir la guerra entre varios actos posibles... sino en otro mucho más difícil: hacer que la guerra sea imposible".

Las cinco tesis de Bobbio son obvias y están demostradas por más de medio siglo de evidencias. Lo que ocurre en la realidad, aquí y ahora, es que la guerra atómica ha ocupado muy poco espacio en la realidad histórica de las guerras posibles en relación con el que ocupan las demás guerras y los restantes conflictos, no sólo posibles sino realmente dados. Son las siguientes:

1. Una guerra atómica podría suponer el aniquilamiento físico de toda la humanidad.
2. La guerra atómica es un acontecimiento posible.
3. La guerra atómica no debe considerarse una alternativa, es decir, un objeto de elección.
4. La guerra atómica nos impone una actitud contraria a la continuidad de la política atómica.
5. La nueva situación crea unos deberes, una nueva moral.

Estas cinco obviedades, que explican el no-empleo efectivo del armamento nuclear desde 1945, sustituyen en Bobbio al análisis de la naturaleza de la paz cuando escribe, ahora poniendo a la democracia en el lugar donde puso antes el derecho esta frase solemne también obvia:

Las dos grandes dicotomías del pensamiento político, "paz-guerra" y "democracia-despotismo", confluyen una en otra... el despotismo puede considerarse la continuación de la guerra dentro del Estado, la democracia... un modo de expandir y asegurar la paz fuera de las fronteras de cada Estado.

Todo cambia cuando Bobbio se refugia de nuevo en Günther Anders — "la única forma de abolir definitivamente las guerras es suprimir los estados y formar un Estado único". Porque resulta que Bobbio no cree en

la paz como *valor absoluto* en la misma medida en que utiliza a la guerra como si fuera el *mal supremo* o, más veces aún, como *mal absoluto*.

La paz no es siempre el bien supremo, sino un bien entre otros bienes como la libertad, el honor de la nación, la religión, el bienestar, etc... Sólo el sistema de Hobbes, entre los sistemas éticos del pensamiento moderno, se basa en la primacía del valor de la paz sobre los restantes valores y, por eso mismo, en la consideración de la guerra como mal absoluto.

Los bienes de la guerra, en la pluma de Joseph de Maistre y de Pierre-Joseph Proudhon, alimentan el aplauso de Bobbio a los objetores de conciencia que sostienen que la guerra es incondicionalmente un *mal absoluto*. Y no se olvida Bobbio para escandalizarse ni de las observaciones del ilustrado Humboldt — “la guerra contribuye al progreso moral de la humanidad estimulando ciertas virtudes sublimes que solo en el combate, cuando la vida se halla en peligro, pueden aparecer y triunfar” — ni de las del romántico Hegel, — “la guerra mantiene la salud moral de los pueblos” — como tal romántico, un ser que desdeña la maldad de la guerra.

Bobbio, en múltiples oportunidades, para mí desaprovechadas, apenas habla de la paz en cuanto paz. Lo suyo consiste en repetir incansable su idea sobre la guerra como la antítesis (que es fuerte) de una idea de paz (que es débil).

El fin de la cadena no puede ser otro que la invención del “arma absoluta”, es decir, el arma al mismo tiempo indestructible y omní-destructiva... El futuro diseño del mundo será de aquel que posea no ya un arma absoluta, sino la defensa absoluta.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

A principios de enero del año 2000, el jurista italiano ya con noventa años cumplidos, Norberto Bobbio, se sometió a una entrevista sobre el futuro de la humanidad en las páginas de una publicación alemana de gran difusión. Sólo unos días más tarde, lo esencial de la entrevista se veía reproducido por el diario español “El País”. Inmediatamente sería comentado por más de un intelectual hispano en este doble sentido: Norberto Bobbio se mostraba muy pesimista acerca del bienestar mundial prometido para el tercer milenio y consideraba dos motivaciones antagónicas: la violencia sería muy frecuente por la persistencia de la humanidad en el ejercicio de las convicciones religiosas más arraigadas entre los pueblos

y la violencia sería muy dañina por causa de la inmensa capacidad destructiva de los inventos ahora al alcance del hombre.

Curiosamente, las declaraciones de Bobbio, de modo paladino, contenían un esencial desprecio a las ideas, —en concreto a las ideas filosóficas— y una supervaloración de los intereses materiales en juego. En esta coyuntura lo que cabía esperar como muy probable era un incremento de los actos violentos en los primeros años del siglo XXI.

Nosotros, en estas reflexiones, apenas nos vamos a referir a las últimas consideraciones del pensador italiano sobre el futuro, sino que le vamos a dar preferencia a su trayectoria intelectual a través de la glosa de sólo cuatro libros, hoy al alcance del lector español. Quedará fuera del análisis la obra propiamente jurídica de Bobbio cuyo introductor y animador en España, ha sido, sin duda, Gregorio Peces Barba, un catedrático español con largo historial político.

Decía Bobbio el 1 de enero del año 2000:

El siglo XX se cerrará con un peligro que le acechó ya en su primera mitad: la violencia.

Permanezco fiel a la conciencia individualista, dado que la misma democracia liberal se fundamenta en la primacía del individuo.

El verdadero peligro de la humanidad es el del desarrollo de la ciencia y de la tecnología, que no tiene fin y del que no se puede dar marcha atrás. Hoy sabemos muchas cosas que los antiguos ignoraban y sin embargo, el mundo sigue siendo incomprensible e impenetrable.

Nuestra preferencia por los cuatro libros de Bobbio, menos científicos o rigurosos, —más doctrinales— no excluye la convicción de que lo esencial del pensamiento de Bobbio está en sus ideas sobre el Derecho. Pero los contenidos de los libros “*El problema de la guerra y las vías de la paz*”, “*El Tercero ausente*”, “*Elogio de la templanza*” y “*Derecha e Izquierda*” nos resultan mucho más próximos a nuestras inquietudes sobre el fenómeno de la paz.

Queda dicho por adelantado que Bobbio es un formidable dialéctico y un excelente organizador de las ideas. Y añádase que su modo de pensar se está generalizando entre los universitarios europeos. Es por ambas razones juntas por las que nuestra glosa será, en lo substancial, primero, una exposición de sus ideas y luego, en lo circunstancial, una crítica de sus propuestas.

El pensamiento de Bobbio sobre cuestiones jurídicas expresa un notable distanciamiento hacia lo que fue y es el Derecho Natural: “El fracaso del Derecho Natural es también el fracaso de la Justicia como ideal” — escribe en *“Teoría General del Derecho”* (Editorial Debate. Madrid, mayo 1991). Se sitúa en línea con esta otra afirmación del jurista norteamericano (actualmente en el primer plano de la atención mundial John Rawls por su obra *“Teoría de la Justicia”*, cuyo primer original apareció en 1971).

Hay tantas “Justicias” como autores, hay tantas teorías como opiniones, hay que rechazar a la “Justicia” como idea directriz y llegar a otros modelos de comportamiento que si no “justos” por lo menos sean fruto de una convivencia social.

Bobbio está, pues, colocado en sus ideas jurídicas en uno de los dos polos ya señalados por Kelsen en su folleto *¿Qué es justicia?* y más aún lo estaba en una conferencia de éxito pronunciada por él en Berkeley el 27 de mayo de 1952.

La justicia puede entenderse como un ideal, como un criterio o como una opinión... Las teorías idealistas son teorías dualistas sobre el Derecho, teorías que fomentan la existencia de dos Derechos, uno de los cuales será un Derecho ideal frente al otro, el Derecho real o Derecho Positivo.

La preferencia nítida de Bobbio por el Derecho positivo se refleja también en *“Igualdad y Libertad”*, un original italiano de Bobbio que tardaría en ser traducido desde 1977-1979 hasta 1993 por Paidós en Barcelona, donde el tono es más irónico si cabe.

Son comunes criterios de justicia las especificaciones de la más vacía generalidad... tales como “A cada uno lo suyo”, “a cada uno según su mérito”, según su capacidad, según su talento, según su esfuerzo, según su trabajo, según el resultado, según la necesidad, según la calidad o rango.

Bobbio niega, pues, que se pueda actuar sobre la realidad desde un ideal de justicia. Sólo un derecho válido, aunque no sea justo, puede ser aplicado con eficacia. De aquí que sobre una pretensión de igualitarismo subyacente separe hasta tres nociones de justicia nunca identificables con el ideal de la justicia, —la justicia social o retributiva, la justicia atributiva o del equilibrio y la justicia formal o procesal. Para Bobbio cualquier tipo de retorno al Derecho Natural le parece tan ingenuo como ineficaz.

El Derecho Natural es un derecho desarmado... Mientras no encuentre la fuerza para hacerse valer no es derecho en el sentido coherente de la palabra... La seguridad y la paz son la consecuencia de la eficacia atribuida al Derecho Político.

Lo que aquí interesa subrayar es lo que Bobbio niega, quizás para dar fácil entrada al concepto suyo de “fuerza” y acaso para hacer viables tanto a la seguridad como a la paz a través de la fuerza del Derecho. Bobbio no cree que el Derecho sea la encarnación de la Justicia, ni que valga para la determinación de lo que es verdaderamente justo. Niega que el Derecho Natural y el Derecho Positivo sean dos formas de realizar la Justicia, dos expresiones del mismo fin por las que nos cabe a los hombres determinar lo que debería ser un “orden”. Una concepción del Derecho que valga para fundar la cohesión social, para limitar las arbitrariedades del poder político y para reinar la Justicia queda muy lejos el pensamiento de Norberto Bobbio. El sentido transcendente de la persona que nos viene dado a los hombres por nuestra inserción en el Orden de la Naturaleza — nada digamos si se trata del Orden de la Creación— no figura en el modo de pensar de Bobbio de ninguna manera.

Bobbio se sitúa, pues, en la última de las tres etapas de la llamada Filosofía del Derecho: Derecho era la misma cosa justa en la Antigüedad Clásica, (Cicerón), derivó a ser el arte de discernir lo que es justo, (Kant o Hegel) y acabó siendo el lugar donde se otorga un derecho a alguien (Kelsen o Rawls). Nadie tiene de particular que en su entorno hayan sido sucesivamente desacreditados estos cuatro grandes proverbios de uso común.

- *Salus populi, suprema lex.*
- *Iusticia fundamentum regnorum.*
- *Fiat iustitia, pereat mundus.*
- *Summum ius, summa injuria.*

Ratifica Bobbio el cambio de perspectiva con esta simple frase:

En la realidad vale como derecho también el derecho justo y no existe ningún ordenamiento que sea perfectamente justo. El Derecho es lo que es y no lo que debería ser.

Para Bobbio lo práctico es echarse en los brazos de la igualdad como proyecto, mejor que en los brazos de la justicia como virtud:

La igualdad consiste solamente en una relación: lo que da a esta relación un valor, es decir, lo que hace de ella una línea humanamente deseable, es el ser justa.

No es ajena del todo sino consecuente con esta postura la concepción que Bobbio, brillantemente por cierto, sostiene en su personal "marcha hacia la idea de paz", la concepción que él tiene del Derecho. Pero, aquí y ahora, será suficiente dejarla esbozada no sin antes señalar que también el pensamiento jurídico de Bobbio, como más aún el político, ha sido con alguna presteza puesto a disposición de los españoles. Recuérdese la apresurada edición en España de estos cuatro tratados:

- En 1996 por Taurus, "*Algunos argumentos contra el Derecho Natural*", todavía una obra colectiva no por azar titulada "*Crítica del Derecho Natural*".
- En 1989 por Fondo Cultura Económica, "*Liberalismo y Democracia*".
- En 1991 por Editorial Debate, "*Teoría General del Derecho*".
- En 1993 por Paidós, "*Igualdad y Libertad*".

Y es que en estas cuatro obras ya traducidas para uso de nuestros universitarios se encuentran los fundamentos de lo que luego se convertirá en su proyecto vital más querido: "Espero hacer todos los esfuerzos para eliminar para siempre la guerra termonuclear".

Claro que esta esperanza estaba siendo sostenida (y en una medida importante realizada con fortuna) por multitud de gentes sensatas sin necesidad de presumir por ello de ser unos hombres beneméritos. Son legión los hombres que, de hecho, han trazado los cuatro límites que habitualmente ni se quieren traspasar ni son traspasados por los Estados de la modernidad democrática: el que distingue entre beligerantes y no beligerantes; el que separa los objetivos llamados militares de otros tipos de objetivos; el que prohíbe el empleo de las armas de destrucción masiva y el que acierta a delimitar en cada crisis internacional las zonas de guerra.

Puede aceptarse de Bobbio lo que ya está aceptado con notable generalidad: que la guerra constituye (o puede constituir) la antítesis más radical de la juridicidad allí donde no se acompañe del derecho (o de la moral mejor aún) y que la hegemonía de la fuerza, (cuando crece desmesuradamente) anula cualquier derecho. Estas graves cuestiones son las que se desarrollan con lucidez y con claridad en los cuatro libros mejor ajustados al tema de la resolución de los conflictos con medios pacíficos. Pero, a mi juicio, lo más esperanzador de la trayectoria final de Norberto Bobbio es que a pesar de todas sus dudas nos ha dejado abierta una vía intelectual muy certera hacia la verdadera paz.

Se trata de la vía por donde podría realizarse una marcha hacia la idea misma de la paz que dejara atrás la anterior obsesión de Bobbio por la guerra como mal absoluto que, de hecho, actúa como una obsesión que paraliza los pasos hacia la paz verdadera. La defensa de la paz no es una lucha contra el mal absoluto, sino contra unos males concretos.

EL PROBLEMA DE LA GUERRA TERMONUCLEAR

Los cuatro libros seleccionados por mí como más clasificadores no incluyen la *Autobiografía*, aunque su lectura, sin duda alguna, enriquecería la capacidad de comprensión de la figura influyente de Bobbio. Baste decir que, en tanto figura polémica, Bobbio se sitúa en las antípodas del iusnaturalismo en todas sus versiones: la española o escolástica, que precede al triunfo del pensamiento de la Reforma y la europea o moderna, que comparte con el pensamiento contemporáneo una solución de compromiso entre lo natural y lo positivo, hoy ni siquiera intentada por el neopositivismo.

Los cuatro libros son los siguientes:

- 1.º "*Il problema della guerra e le vie della pace*" aparecido en Italia en 1979 y cuya primera edición en lengua española corresponde a febrero de 1982 en Barcelona (GEDISA S.A.) bajo el título "*El problema de la guerra y las vías de la paz*".
- 2.º "*Il terzo assente*" publicado en Italia, exactamente en Milán por Edizioni Sonda en 1989 e impreso en España por Ediciones Cátedra en 1997, precisamente en Madrid, bajo el título "*El tercero ausente*".
- 3.º "*Elogio della mittezza e altri scritti morali*" editado en Milán por Linea d'Ombra Edizioni en 1994 y traducido por Temas de hoy, ensayo, en 1997 bajo el título "*Elogio de la templanza y otros escritos morales*".
- 4.º "*Destra e sinistra*", cuya segunda edición corregida (la primera está fechada en Turín en febrero de 1994) corresponde a Roma, Donzelli Editore (1995) exactamente el mismo año de la edición en lengua española de Santillana S.A. Taurus bajo el título "*Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*".

Resulta útil observar que los plazos de tiempo entre la primera edición italiana y la primera española se fueron acortando, síntoma inequívoco del interés por difundir su pensamiento y, quizás también, de la aceptación creciente de sus sugestivos planteamientos.

Mucho más interesante sería, sin duda alguna, reconocer en la obra de Bobbio otro fenómeno intelectual no siempre subrayado. La conexión entre la filosofía y la literatura italianas y sus homólogas españolas ha sido y es muy grande en cualquier tiempo o circunstancia. Conocer con algún rigor los pensamientos de una figura con éxito en Italia es una buena medida, si lo que se quiere es conocer también las tendencias que vibran en la vida universitaria española.

“El problema de la guerra y las vías de la paz” viene de una colección de antiguos ensayos, todos ellos planteados por Bobbio para atender al segundo problema de los dos que consideraba por entonces fundamentales: a) *el ordenamiento democrático de la Italia* ya liberada del fascismo y b) *el ordenamiento pacífico* de las relaciones internacionales con Italia. Quería Bobbio eliminar (o limitar al máximo) a la violencia como medio para resolver los conflictos entre individuos y entre grupos:

Con el descubrimiento de las armas atómicas, cada vez más homicidas, el tema mismo de la guerra había cambiado de naturaleza: la guerra amenazaba ser no ya un instrumento de poder, como siempre lo había sido, sino que corría el riesgo de convertirse en un instrumento de muerte universal y por lo tanto de impotencia absoluta.

La postura de Bobbio entre 1968 y 1989 estaba impresionada por el alegato del pacifista Ghünther Anders *“Ser o no ser. Diario de Hiroshima”* (1961). Descalificaba al mismo tiempo las cuatro tradicionales justificaciones de la guerra: la guerra justa, la guerra como mal menor, la guerra como mal necesario y la guerra como bien.

Para Bobbio la guerra es una violencia tan colectiva como organizada. Pero insiste en que “a medida que la violencia se hace más total, se hace más eficaz”.

El ejemplo más alto y más concretamente del método de la no violencia para la solución de los conflictos no hay que ir buscando demasiado lejos: Por suerte lo experimentamos, cada día incluso en nuestro país: es la democracia.

El salto entre los conceptos de guerra y de conflicto social se da en Bobbio con demasiado automatismo. Se trata de una actitud que reaparece en esta cita de septiembre de 1979, donde la guerra sigue siendo tratada como si fuera un conflicto social más, pero para ser calificado del único absoluto.

La violencia , tal vez haya dejado de ser la comadrona de la historia y se está convirtiendo cada vez más en su sepulturero... Una conflagración atómica no supone tan sólo una dramática inversión del curso de la historia sino más bien el fin de los tiempos.

Estos inmensos saltos, afortunadamente para el lector de este libro, se coronan con consideraciones menos apocalípticas. Bobbio remata de este modo su evolución en el Capítulo V. “*La idea de la paz y el pacifismo*”, del libro citado:

“Paz” se emplea habitualmente como el término opuesto a “guerra” y no, genéricamente, a conflicto y mucho menos a violencia, como sin embargo sigue sosteniendo uno de los más acreditados exponentes de la “peace research” Johann Galtung.

La suspensión más o menos duradera de las modalidades violentas en las rivalidades entre verdades políticas era lo que R. Aron había llamado paz. El último Bobbio se aproxima a dar tan certero paso hacia el sentido realista de las cosas cuando distingue a la *guerra* “conflicto entre grupos políticos cuya solución se confía a la violencia organizada” de la *violencia* “uso de la fuerza física internacionalmente dirigida a lograr el efecto deseado por el sujeto activo no consentida por el sujeto pasivo”. Y, consecuentemente, nos encontramos que admite todavía con más realismo una clasificación de los tipos de guerra: *guerra externa* entre estados soberanos, guerra en el interior de un estado o *guerra civil*, *guerra colonial* o imperialista y *guerra de liberación nacional*. Son los mismos tipos que el ecléctico Raymond Aron ya había calificado de *guerra interestatal*, *de guerra infraestatal*, *de guerra superestatal* y *de guerra infraimperial*.

El fecundo diálogo con el liberal Aron culminará cuando el socialista Bobbio admita el acierto del intelectual francés en clasificar los tipos de paz también en tres clases —de potencia o de paz de “equilibrio”, de impotencia o de paz de “hegemonía” y de satisfacción o de paz “imperial”.

Y es que cabe concluir que el despegue de Bobbio respecto al pacifismo de Ghünter Anders, si bien aproximándolo al pacifismo de John Galtung, tendría muchas horas de vuelo que ganar si se convirtiera en una seria lectura de las serenas recomendaciones de Raymond Aron.

EL TERCERO AUSENTE

“*El Tercero ausente*”, sin duda, refleja mayor madurez y mayor realismo. Es la obra de Bobbio que consideramos mejor referida a su proclamado ideal: *la marcha hacia una idea de paz*. El libro se divide en dos partes. Más doctrinal, la primera concilia dos subtítulos altamente expresivos “*Paz y Guerra: Paz y Derecho*”. Más electoralista, la segunda, recoge lo que denomina *Discursos* donde se subtitulan de otro modo las cuestiones: *No matarás, ¿Una sociedad no violenta? ¿Hay futuro para la paz? La lanza y el escudo. El juego de la guerra, etc...* Bobbio cree que en la primera parte sigue un punto de vista filosófico y en la segunda otro punto de vista periodístico —juridiccional. Se trata para mí, muy claramente, de una actualización del otro libro suyo sobre el tema “*El problema de la guerra y los caminos de la paz*”. De aquí que proceda contemplarles a ambos puestos en la misma dirección de *la marcha hacia una idea de paz*.

El núcleo de “*El tercero ausente*” sigue estando en la prioridad absoluta otorgada al arma nuclear como herramienta del pensamiento.

Si ninguna de las justificaciones tradicionales de la guerra resiste la prueba de la guerra nuclear... el problema actual no puede consistir, como en otras épocas, en buscar las razones adecuadas para elegir la guerra entre varios actos posibles y, en cualquier caso lícitos, sino en otro más difícil: hacer que la guerra sea imposible.

Bobbio concluirá que lo imposible es la paz, repitiendo a Kant. Pero no vale la pena volver a la exageración del adjetivo “perpetua” que en los años finales del XVIII se aplicó a la paz deseada para de este modo dar el salto de lo posible a lo imposible. Porque la guerra sigue siendo posible es por lo que procede estar presente en la marcha hacia una idea precisa de paz, —entiéndase de la paz como posibilidad.

Bobbio desacreditó primero a la teoría que, a su juicio, había justificado a las guerras del pretérito basándose en que la aparición del arma absoluta nuclear se la había llevado por delante: la teoría de la guerra justa, según la cual habían ocurrido guerras condenables y guerras aceptables.

La guerra atómica anula la distinción entre guerras justas e injustas, porque hace imposible uno de los dos términos: la guerra en legítima defensa. La guerra atómica no admite más que un tipo de guerra: la del primer atacante.

En segundo lugar, desacredita Bobbio a la teoría de la guerra como mal menor, según la cual se piensa que sirve para evitar la pérdida del bien considerado menor en aquella circunstancia, la paz en aras de otro bien más deseable que la paz.

Sólo Hobbes, entre los sistemas éticos del pensamiento moderno se basa en la primacía del valor de la paz sobre los restantes valores y por eso mismo, en la consideración de la guerra como mal absoluto.

Bobbio se acerca al sistema ético de Hobbes al considerar, desde luego a la guerra termonuclear y por analogía a todas las demás formas de guerra, como males absolutos. No es razonable hablar, viene a decir, de una alternativa entre paz y justicia o entre paz y honor. De hecho, todas las guerras padecidas en el siglo XX han tenido defensores armados, precisamente porque se hablaba a gritos de libertad, de justicia y de honor, aunque luego peligrara la paz.

En tercer lugar, Bobbio desacredita la teoría de la guerra como mal necesario, como un elemento indispensable del progreso humano.

Desde Kant —dice contra su propio maestro— el pensamiento demonónico ha reproducido entre millares de ejemplos, con algunas variantes, esta fórmula de la filosofía de la guerra... Quien quisiera recoger un flovilegio de apólogos de la guerra como espuela del progreso, no tendría otro problema que el de la elección.

Por último, Bobbio desacredita la teoría de la guerra como bien en sí misma, como valor en sí mismo, el valor por excelencia.

El campeón de la idolatría de la sangre y de la guerra fue, como es bien sabido, el teócrata De Maistre: “la guerra es divina en sí misma, porque es una ley del mundo”.

No penetra Bobbio en la diferencia que existe entre comprender a la guerra como un suceso padecido por unos (pero producido por otros) y comprenderla como acto producido por unos (pero padecido por otros) que es, a mi juicio, donde radica la posibilidad misma de la progresiva eliminación de la violencia colectiva y orgánica del Estado moderno. Bobbio sigue creyendo que hay guerras porque para unos es un acontecimiento providencial (castigo divino) y para otros un acontecimiento propio de la evolución natural (selección de la especie humana).

Lo común a estas dos teorías, la teológica y la biológica, es que ambas extraen las guerras del terreno de los acontecimientos direc-

tos o controlados por el hombre, la primera los interpreta como un "acto divino" y la segunda como un "hecho natural".

Bobbio no parece percibir el juego de las libertades y de los ideales como motivación de actitudes que, sin querer la guerra, pasan por el estado de guerra como prueba. No es ni un acto divino, ni un hecho natural, ni un mal absoluto. Es un acontecimiento coyunturalmente histórico que quizás —como decía entre otros Nietzsche— tiene una función positiva en la historia, está destinada a desaparecer y debería ser eliminada mediante una reforma radical de la sociedad.

Bobbio, experto en magníficas generalizaciones, llega a decir solemnemente que "la guerra es para la filosofía de la historia un tema tan importante como el origen y el fundamento de la *propiedad* y el surgimiento o la caída de los estados".

La historia humana parece tender hacia tres fines: la libertad, la igualdad y la paz... Pero la creación del Estado, con la consiguiente distinción entre gobernantes y gobernados ha sofocado definitivamente la libertad (Hobbes), el nacimiento de la propiedad ha introducido la desigualdad (Rousseau) y la guerra ha hecho imposible la convivencia pacífica de los estados conforme al derecho (Kant).

Abolir al Estado, destruir la Propiedad y clausurar la Guerra quedan insinuadas como tres operaciones pendientes. Bobbio lo hace empezando por la tercera de ellas y denegando las tres posibilidades de progreso que Guillermo von Humboldt y Hegel habían concedido a la prueba de la guerra —progreso moral, progreso técnico y progreso social. Y lo sorprendente —y no de modo correcto y esperanzador— es que Bobbio no se haya dado cuenta todavía de que debía hablar directamente de la paz, más aún que de los pacifismos.

Bobbio, refiriéndose al equilibrio del terror, se topa con la interpretación del miedo para reducir a esta pasión la fenomenología de la política y tropieza con la apologética de la disuasión:

Las armas nucleares se paralizan mutuamente. La amenaza de la guerra nuclear impide sólo la guerra nuclear.

"La disuasión —nos dice— es la técnica tradicional de prevenir el mal que se quiere evitar propagando el miedo a un mal mayor. La lógica de la voluntad de poder es la de las antítesis absolutas... es la lógica de la solución final".

Ninguna de estas lógicas llega más allá de la retórica habitual en los foros de reflexión. Porque en la realidad social e internacional todavía se confía algo en las capacidades de llegar a la paz a través del Derecho. El propio Bobbio está en esta línea. Pero no sólo habrá paz si hay Derecho. Se necesitan otros valores, además de un cierto grado de paz interior en los actores del conflicto previsto.

La paz es la condición "sine qua non" para proteger eficazmente los derechos humanos y la protección de los derechos humanos favorece la paz.

Bobbio privilegia naturalmente, entre todos los pacifismos, al pacifismo jurídico.

El pacifismo jurídico es aquel que considera la guerra el efecto de un estado sin derecho, es decir, de un estado en el que no existen normas eficaces para regular los conflictos.

Tres fueron, para Bobbio, los proyectos de paz a través del derecho — el de Saint Pierre (1713), el de Kant (1795) y el de Saint Simon (1814). Los *Discursos* de Bobbio en los que, por fin, aparecerá la propuesta a favor de la presencia de un "Tercero" en los litigios internacionales se presentan como secuela de estos tres proyectos de paz.

Naturalmente que antes de proponer la presencia del "Tercero Ausente" Bobbio vuelve a sembrar pesimismo a manos llenas, en línea con la frase de Sartre: el infierno son los otros.

Durante estos cuarenta años (1950-1990) han estallado más de cuatrocientos conflictos, entre guerras internas, externas y golpes de estado, para cuya resolución los contendientes han recurrido a la guerra.

El mundo entero, salvo Norteamérica y Australia, ha padecido conflictos, —añade exagerando de nuevo las nociones de guerra y de conflicto para llevarlas juntas al puerto de todas las violencias. Pero la solución ética reaparece junto a un nuevo elogio hacia la figura de Kant como algo que de nuevo vuelve a ser necesario.

Sólo la ética de la virtud practicada por quienes presiden el destino de los pueblos liberaría a la humanidad del estado de guerra permanente o potencial, cuyo fin será únicamente "el gran cementerio del género humano".

"He dicho ya que la paz es necesaria. He dicho que la paz es imposible. Mientras exista la relación amigo-enemigo, la paz es sólo una tregua".

¿A qué debemos atenernos? Bobbio esperará hasta las páginas finales de su libro para darnos la clave pragmática:

Un poder por encima de las partes requiere la presencia de un Tercero, presupone, pues, el paso de una situación de tercero excluido a otra de tercero incluido.

El libro termina con una confesión obvia: el arma nuclear no inauguró una nueva era.

ELOGIO DE LA TEMPLANZA

El tercer libro de divulgación de ideas que va a ocupar brevemente nuestra atención —*Elogio de la templanza y otros escritos morales*— tiene el mérito de haber efectuado un discreto, pero lúcido viraje hacia la Ética en un constante tejer y destejer. Es un admirable esfuerzo de análisis y de claridad que se contradice en ocasiones y es una patente autocrítica siempre elogiada entre nosotros por Gregorio Peces-Barba, por Elías Díaz y por Alfonso Ruiz Miguel, que nos reconcilia con Bobbio.

El “*Elogio de la Templanza*” significa para mí algo muy importante porque en estas reflexiones desaparece prácticamente del todo la obsesión de Bobbio por el arma absoluta, por la guerra como mal absoluto y por las afirmaciones absolutas a favor de lo necesario y de lo imposible. Claro que persiste la referencia incidental a la “sublimación o perversión” que Bobbio sigue llamando “guerra”.

Encontrarse con Bobbio en un tratado sobre las virtudes es descubrir junto a él la diferencia entre la ética del *príncipe cristiano* que elaboró en 1515 Erasmo de Rotterdam y la ética del príncipe sin más que por entonces tenía escrita Maquiavelo.

Maquiavelo dice que un señor “prudente” no está obligado a mantener la palabra dada... Baltasar Gracián escribe: “Las serpientes son las maestras de toda sagacidad: ellas nos muestran el camino de la prudencia... Justo después de la prudencia... está la astucia, representada ya no por la serpiente sino por la zorra”... En un tratado griego de caza y pesca los animales que hacen particular ostentación de metis (templanza) son la zorra y el pulpo.

Con su habitual maestría para forjar esquemas y para esclarecer panoramas Bobbio se enfrenta con el hecho de que lo que en Kant era morali-

dad en Hegel es eticidad y con el hecho de que lo que en Erasmo era ética de los principios en Maquiavelo es ética de los resultados.

El moralista se pregunta “¿Qué principios debo observar?” y el político “¿Qué consecuencias se derivan de mi acción?”.

La respuesta de Bobbio tiene un nombre: *democracia*. La democracia es la forma de gobierno cuyas reglas tienen la finalidad de permitir la solución de los conflictos sin necesidad de recurrir a la violencia recíproca; la democracia da la máxima extensión a la relación de confianza recíproca entre los ciudadanos y la democracia es un régimen en el que las decisiones son tomadas a través de acuerdos entre grupos. Pero aún siendo así, Bobbio recomienda el regreso hacia los valores éticos.

No hay que esperar que la divergencia entre la exigencia de la moral y la de la política desaparezca por completo. Hay que esperar, sin embargo, que la política pueda respetar el ideal moral de una buena sociedad.

El elogio de la virtud —en su caso de la templanza— trae estas excelentes ventajas para el pensador. Que el positivismo se abre hacia la moral. Y que la nueva eticidad tiene que tomar partido entre lo laico y lo religioso y entre varios modos de ser los hombres laicos o religiosos.

La historia de la ética moderna... es un intento, o mejor una serie de intentos, de fundar una ética objetiva, o racional o empírica, a un tiempo racional y empírica, en definitiva laica.

Bobbio se refiere al iusnaturalismo moderno de Grocio. Queda por demostrar, escribe, que todo lo que es natural es bueno por el solo hecho de ser natural. Se refiere en segundo lugar al también iusnaturalismo antiguo —y más tarde escolástico— de Aristóteles y de Santo Tomás. Ambas teorías constatan que lo básico de una cierta norma de conducta es común a todas las gentes. Se refiere en tercer lugar al formalismo de la universalidad de la acción propio de Kant, una ética, nos dice, cuya validez depende de la bondad del fin, mejor que de la bondad del principio. Se refiere en cuarto y último lugar al utilitarismo, a las sensaciones de placer y de dolor como índices de moralidad, según Bentham. Pero cualquier máxima a favor de la felicidad del mayor número a Bobbio le parece de una vaguedad desalentadora. Y es entonces cuando Bobbio apela a una pregunta audaz. “Pero ¿es una solución la ética religiosa?”.

Bobbio no aceptará tampoco ninguna respuesta al planteamiento teológico. Lo suyo es apelar de nuevo al intuicionismo ético, al relativismo

absoluto y al actualismo de lo meramente razonable. Y el hiato entre la ética laica y la ética religiosa lo cubrirá desde la templanza con la solución única de la tolerancia.

Leemos en las historias de la filosofía que los antiguos contraponían una ética de la virtud a una ética de la felicidad. Los modernos contraponen una ética del deber a una ética de la utilidad. Por no hablar de la conocidísima distinción weberiana entre la ética de la convicción pura y la ética de la responsabilidad. El único principio que se puede considerar propiamente laico es el de la tolerancia.

La tolerancia —por analogía con la templanza— es el único principio que de la consecuencia de la multiplicidad de los valores morales extrae la consecuencia de la necesidad de una pacífica convivencia entre ellos. *Elogio de la templanza* termina incluyendo algunas preguntas sobre el problema del mal.

Lo sorprendente es que Bobbio no caiga en la cuenta de que al distinguir los dos aspectos activos y pasivos del Mal está ofreciendo las dos perspectivas con las que el hombre se asoma al fenómeno de la guerra, —la guerra como acto producido y la guerra como suceso padecido.

El Mal tiene dos aspectos que... deber ser diferenciados. Estos son el Mal activo y el Mal pasivo. El primero es aquel que se hace, el segundo es aquel que se sufre. El Mal infringido y el Mal sufrido. En el concepto general del Mal comprendemos dos realidades humanas opuestas, la moral y el sufrimiento. Dos figuras paradigmáticas de estos dos rostros del Mal son Caín y Job.

El Elogio de la templanza no da ningún paso en esta dirección para comprender mejor al fenómeno de la guerra. Es más, corona el texto con esta frase terrible:

Desde siempre el hombre sencillo ha dado ya su respuesta. "En este mundo no hay justicia".

DERECHA E IZQUIERDA

Para Joaquín Estefanía, que es el autor del Prólogo a la edición española de *"Derecha e Izquierda"*, Bobbio es un testigo del siglo XX al que le conviene para mejor calificar su obra, el título de ser una "Utopía invertida".

Norberto Bobbio plantea en toda su obra teórico-política la misma complejidad: desconfianza hacia la política demasiado ideologizada;

defensa del gobierno de los hombres; elogio de la democracia; defensa a ultranza de una política laica, entendiendo el laicismo como ejercicio del espíritu crítico contra los opuestos dogmatismos de católicos y comunistas y, finalmente, incondicional admiración del sistema político inglés.

Se trata, pues, de un testigo que nos dará siempre su testimonio a favor de la “tercera vía”.

Guste o no guste —dice Bobbio— las democracias suelen favorecer a los moderados y castigan a los extremistas.

La tesis del libro es que “la esencia de la distinción entre la derecha y la izquierda... es la diferente actitud frente a la idea de igualdad”. La díada extremismo-moderación está referida no al conceptode justicia, sino al de libertad. Existen doctrinas y movimientos libertarios y autoritarios tanto a la derecha como a la izquierda.

La clasificación en cuatro categorías de las opciones políticas que ofrece Bobbio puede encontrarse en otros muchos autores.

- El *jacobinismo* de la extrema izquierda de los movimientos y doctrinas a la vez igualitarios y autoritarios.
- El *socialismo* liberal o la socialdemocracia de los movimientos y doctrinas liberales y a la vez igualitarios.
- El *conservadurismo* del centro-derecha de los movimientos y doctrinas liberales y a la vez desigualatorios, por no decir autoritarios.
- El *fascismo* o el nacionalsocialismo de la extrema derecha de los movimientos y doctrinas antiliberales y a la vez anti-igualatorios.

Ahora bien, ni lo que verdaderamente sean la izquierda y la derecha, ni el esquema posicional de las actitudes políticas que Bobbio hace suyo, nos interesan aquí en sí mismos considerados. Aquí nos importa saber la importancia que Bobbio le sigue dando a sus caminos hacia la paz y a su propuesta de la presencia de un “Tercero” como lo mejor que cabe hacer.

La visión triádica, que incluye entre derecha e izquierda un espacio intermedio, que no es ni de derecha ni de izquierda, sino que justamente está en el medio de la una y la otra se puede definir como Tercero incluido.

Bobbio ha esperado a este libro para corregirse a sí mismo en un importante matiz.

Distinto del Tercero incluido... es el Tercero incluyente. El Tercero incluyente tiende a ir más allá de los dos opuestos, englobándolos en una síntesis superior.

Bobbio juega a ganar la quiniela de los catorce aciertos. Él mismo parece ser la encarnación suprema del "Tercero" incluido.

El Tercero incluido se presenta, sobre todo, como praxis sin doctrina. El Tercero incluyente, sobre todo, como doctrina en busca de una praxis... el ideal del socialismo liberal o del liberal socialismo es una expresión típica de un pensamiento Tercero-incluyente.

Pues bien, que nadie piense que Bobbio se ha olvidado de la guerra ni de la paz en la hora de sentirse "Tercero" incluido:

En cada binomio de términos antitéticos no siempre los dos elementos tienen igual fuerza... Existen binomios donde el término fuerte es perfectamente sólo uno: en el binomio guerra-paz, el término hasta ahora preferentes "guerra", la prueba es que "paz" ha sido definido tradicionalmente como "no guerra", como algo que llega después de la guerra.

El jurista italiano no perdona. Tiene decidido que lo bueno es construir una triada y ha de demostrar que lo malo es la persistencia de las diadas.

En la guerra, ya sea exterior como interior, no hay sitio para el Tercero, el cual aparece sólo como mediador para detenerle, o bien, como árbitro, para establecer la paz. La guerra, como duelo, no conoce más que dos partners... Una guerra donde al final no haya ganadores y perdedores es una guerra que no logra su propósito... Las partes en juego, por numerosos que sean los aliados, son siempre solamente dos.

El problema se reduce a esto: el tema que reaparece en todas las variaciones es el de la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad y visión vertical o no igualitaria. La igualdad en su formulación más radical es el trazo común de las ciudades ideales de los utopistas Moro, Campanella, Thomas Münzer. Bobbio no es un utópico ni un optimista.

Nunca como en nuestra época se han puesto en tela de juicio las tres fuentes principales de desigualdad, la clase, la raza y el sexo.

De esta evidencia Bobbio no deduce nada sobre el fenómeno de la conflictividad pero, al parecer, el pesimismo que puso de relieve en sus declaraciones a la prensa de 1 de enero del año 2.000 quizás se desprenda del apoyo en estas bases analíticas tan reducidas.